

Interculturalidad y sociedad abierta

(idioma e ideología en el discurso multicultural)

Harry Belevan

Academia Peruana de la Lengua

Real Academia Española

hacediallo@gmail.com

Lima, Perú

Resumen

La compleja polisemia que abarca la llamada interculturalidad, propone una diversidad de morfemas subyacentes a la palabra cultural que la engendra, remitiéndola así a un constructo social de tolerancia entre diferentes colectivos humanos de las sociedades abiertas. Sin embargo, esta frágil coexistencia puede ser desfigurada por intransigencias lingüísticas y políticas, que podrían fracturar fácilmente la propuesta de interculturalidad y desembocar en un lenguaje aislante de las minorías, realizándolas engañosamente por medio de falsas narrativas. En tal contexto, comprender el papel ideológico que juega el idioma en el uso del vocablo interculturalidad, es consustancial al legítimo entendimiento de ciertos claroscuros que lo definen.

Palabras clave: Intercultural – sociedad abierta – corrección política.

INTERCULTURALITY AND OPEN SOCIETY (LANGUAGE AND IDEOLOGY IN MULTICULTURAL DISCOURSE)

Abstract

The intricate polysemy embracing the word interculturalism suggests a diversity of morphemes that underpin the term cultural itself. This in turn summons a social construct of tolerance amongst diverse human collectivities in open societies. However, such delicate coexistence can be distorted by unyielding linguistic and political hard-lines which in turn could easily erase the notion of interculturalism itself, thus drifting, unnoticed, into a language that isolates minorities by falsely highlighting them through deceitful narratives. In such a context, understanding the ideological role language plays, is inherent to a legitimate perception of certain nuances within the term interculturalism.

Keywords: Intercultural – open society – political correctness.

Hic et nunc:

Darío Villanueva.

In memoriam:

Karl Popper, George Steiner, Giovanni Sartori.

La nobleza principista que define teóricamente a esa rica polisemia conocida como *interculturalidad*, propone una diversidad de unidades significantes para el vocablo *cultural*, que no son otras que aquellos morfemas¹ compuestos por los prefijos pluri-, trans-, poli- o multi-. No sólo cada uno de estos remite a un conjunto de unidades gramaticales que complementan la palabra cultural, sino también a un constructo² ideológico polimorfo derivado de distintos colectivos humanos que, sin embargo, actúan dentro de un mismo espacio social, político y geográfico, léase país o nación, de las sociedades abiertas. Parafraseando a Karl Popper, quien dio forma conceptual a la expresión *sociedad abierta* acuñada años antes por Henri Bergson, podría decirse que el término se refiere a un conjunto humano gobernado por decisiones mayoritarias, valorativas y razonadas

en las que esos individuos han participado voluntariamente y que, a lo largo de los siglos, ha servido al tránsito de la sociedad tribal, mágica y cerrada, a una sociedad racional, libre y abierta, con preeminencia del individuo moviéndose en completa autonomía y en libertad de pensamiento, de obra y de acción, condicionado únicamente por los legítimos parámetros que corresponden a una conducta comunitaria civilizada.

Sin embargo, esta coexistencia pretendidamente armónica, puede ser desfigurada por intransigencias lingüísticas con visibles ingredientes ideológicos que, lejos de integrar mutuamente a las distintas comunidades étnicas que conviven en tales espacios pueden, más bien, fracturar, casi siempre intencionalmente aunque de modo imperceptible, la viabilidad misma de la propuesta principista que supone la interculturalidad. Esta, entonces, que por definición debería contribuir a una interacción humana solidaria entre distintas culturas, y tolerante por comprensiva en su doble sentido de entendimiento e inclusión, puede también desembocar en un lenguaje socavado que aísla a esas mismas minorías. Arrinconadas así por la cultura dominante, tales colectividades, bajo el influjo de la interculturalidad y a fin de sacudirse de esa sumisión, pueden revertir la legitimidad del concepto que encierra el vocablo, sirviéndose de la propia interculturalidad a fin de impulsar una lectura antojadiza, dígame arbitraria, de los valores aceptados por las mayorías y también de la historia, cimentando así esos sesgos societales negativos generados por prejuicios reduccionistas. El único propósito agazapado detrás de este proceso sería el de desterrar –o *cancelar* como quiere la palabreja en boga– diversas representaciones del presente y del pasado puesto que, de acuerdo con tal raciocinio, esas valoraciones habrían colonizado de siempre el imaginario colectivo, mediante supuestas hegemonías

¹ Según el diccionario de la lengua (DLE), un morfema es un componente gramatical que se define como una “unidad mínima de significado... aislable en el análisis morfológico”, es decir, en el examen compositivo de las palabras. Cualquier estudio sobre la episteme del vocablo *multicultural*, debe abordar no sólo su morfología filológica sino también la conceptual, de donde el uso del término más adecuado al presente análisis.

² Para fines de este ensayo se ha usado *constructo* en lugar del vocablo *construcción*, pues aquel significa “construcción *teórica* para comprender un problema determinado”, lo que atiende con exactitud las hipótesis y las variables del término *multiculturalismo*, entre ellas, las influencias incidentales del idioma y de la ideología sobre el sentido y percepción de ciertas propiedades de lo multicultural.



lingüísticas al servicio de un elitismo reductor del pasado. De esta forma, y por no citar al azar sino unos pocos ejemplos ilustrativos acerca de la mecánica del multiculturalismo cuando se lo pone al servicio de una interculturalidad distorsionada, el machismo idiomático sería combatido con el llamado lenguaje inclusivo; la supuesta inamovilidad histórica de los cánones existentes, sería corregida por el revisionismo político-social de la hora, con lo que, de paso, se privilegiaría procesar el pasado con criterios de la actualidad; y el descrédito racial de las etnias originarias por parte de las clases dominantes, sería combatido con medias verdades o simplemente con bulos y otros embustes.

En este contexto, el papel de las lenguas es consustancial al legítimo entendimiento de los matices o claroscuros de la interculturalidad, considerada, por lo mismo, como paradigma de lo que implica una diversidad ideológica e idiomática. Y lo es también para la superación de las aprensiones de quienes ven en la convivencia promovida por este fenómeno social del interculturalismo, compartimentos estancos que supuestamente protegen de la manipulación política a las sociedades abiertas, pero que en el fondo instigan más bien su disgregación, la cual facilita a su vez la atomización de los conceptos mismos del multiculturalismo.

La *corrección política* –sazonador indispensable, hoy, de la interculturalidad– procura implantar un lenguaje descafeinado, para describir ciertas situaciones sociales cuyos actores podrían de otra forma sentirse agredidos, o cuando menos ofendidos, con la supuesta malsonancia de cualquier enunciado no dulcificado al momento de expresarse. Consecuente con tales intenciones, tramposas por impolutas que parezcan, la Cultura en mayúscula, es decir, entendida como el conjunto de saberes, creencias y conductas de una determinada colectividad –la tribu como acertadamente llamara Lévi-Strauss

a todo grupo social focalizado–, al nutrirse y expandirse mediante la interculturalidad, impulsa, procurando imponerla, su propia versión de coexistencia entre culturas distintas y dentro de una determinada unidad sociopolítica territorial. Asoma entonces, con las amalgamas aglutinadoras anteriormente señaladas y entrecruzándose recíprocamente, un concepto de pluriculturalidad, que sirve para caracterizar una situación, y otro de interculturalidad, que sirve para identificar una relación. Ambas nociones pueden fusionarse en el término *multiculturalidad* que hace referencia a la presencia, en un mismo espacio histórico-geográfico, de culturas diferentes que no necesariamente han de propender a instaurar entre sí relaciones de convivencia armoniosas. Sin embargo, si lo intentan o se ven compelidas a hacerlo, esas plataformas policulturales deben edificarse sobre principios irrestrictos de igualdad, no discriminación, respeto mutuo y tolerancia.

Según la Declaración Universal de la UNESCO sobre Diversidad Cultural del año 2001, la multiculturalidad se refiere a “la naturaleza pluralmente diversa de la sociedad humana”³. De ello se deduce que la multiculturalidad debe promover, como se ha dicho, el respeto por la otredad y su tolerancia hacia esta, erradicando toda clase de estereotipos en procura de una convivencia armoniosa entre los distintos grupos sociales destinados, por tanto, a interactuar mediante el diálogo y la concertación, en sinergias permanentes de la alteridad. Como puede observarse, hay una aproximación idealizadora a la interculturalidad y a su abanico de afijos, prefijos, sufijos y restantes derivados morfológicos que componen sus sinonimias, producto de una reacción sistémica, propia de estos tiempos, de la mundialización generalizada

³ Ver documento en el sitio Web y en el Portal UNESCO.

en la que estamos inmersos. Tal aproximación hace suponer –y es aquí, justamente, cuando se inserta de plano la corrección política que asola el habla y otras manifestaciones vinculantes entre individuos– que las relaciones interculturales, partiendo de posiciones de igualdad, se basan en el respeto recíproco, además de ser mutuamente enriquecedoras tomando en cuenta la multiplicidad de culturas, costumbres, etnias, religiones y tradiciones –incluyendo en estas últimas las usanzas de género– que, por lo mismo, deberían aceptarse, respetarse, nutrirse y coexistir equitativamente en la esencia misma de una nación, y todo ello asentado en principios de dignidad y no discriminación.

Sin embargo, la utopía detrás de esta frondosa aproximación idílica a la interculturalidad –tentado se estaría tildarla de candorosa retórica populista–, engendra su propia refutación, al transformar la interculturalidad en un principio ético y a sus alcances en nuevos paradigmas morales.⁴ Pero, al tener que ser implementada como un relacionamiento armonioso entre seres humanos originarios de múltiples procedencias y, por lo mismo, con distintos bagajes sociales, culturales, imaginarios, geográficos, históricos y espirituales; la eticidad, en lugar de prosperar, involuciona inexorablemente hacia lo que podría denominarse figurativamente una tierra baldía adehesada por una carga ideológica deshonesta. Este proceso no es otro que la comprobación de la tesis frontal de Giovanni Sartori según la cual, “el interculturalismo no es una continuación mecánica del pluralismo” pues, de serlo, desembocaría inevitablemente en “una desintegración multiétnica que acaba negando el pluralismo”⁵.

La indeterminación del principio intercultural es, por tanto, consecuencia del énfasis dado progresivamente a los más variados mecanismos de transdisciplinariedad: géneros mixtos, polivalencias de las etnoculturas y/o mutaciones de la interculturalidad misma por causa de distintos procesos civilizadores sociales, históricos, antropológicos y cognitivos, que carcomen, hasta desgastarlos, los confines fundamentales de referencia en todas las sociedades abiertas y, con mayor resolución agresiva, desde las postrimerías del siglo XX hasta el presente. Consecuentemente, el desequilibrio social muda lenta pero tenazmente la experiencia poliforme de la realidad, agudizando la crisis del pensamiento racional con que debería abordarse ese mismo desequilibrio y alcanzando, así, las consabidas categorías de hibridismo cultural, rescatado ilusoriamente por la multiculturalidad. Todo esto debe ser particularmente alarmante en escenarios como Iberoamérica, a pesar de la histórica interconexión social, cultural, moral, étnica y política que debiera encontrarse cohesionada por dos factores claves: la religión –básicamente el cristianismo en todas sus variantes– y las lenguas española y portuguesa, componentes esenciales, como se observa más adelante, que profundizan, sin embargo, ciertas distorsiones del multiculturalismo. Todas estas observaciones reflejan los claroscuros por entre los que asoma y se filtra la interculturalidad en las sociedades abiertas, enfrentándose a los dilemas fundamentalmente ideológicos-sociales que pueden plantear, y que de hecho plantean, los nacionalismos de toda laya, dentro de espacios humanos claramente demarcados:⁶

Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros. Grupo Santularia de Ediciones. Barcelona, 2001.

⁶ El nacionalismo lingüístico conlleva las mismas taras de subjetividad y arbitrariedad que la patriotería política, el chovinismo soberanista, el fundamentalismo religioso o el extremismo ideológico.

⁴ Lamentablemente, muchos pensadores sociales de reconocida valía intelectual han caído en estos idealismos teóricos de la interculturalidad, el más conspicuo de los cuales fue Alain Touraine.

⁵ Ver: Sartori, Giovanni: *La sociedad multiétnica.*



1. La vertiginosa atomización de las comunicaciones debido a las redes informáticas, que conllevaría un retorno inconsciente al enclaustramiento/ aislamiento tribal del pasado más remoto; hace que, a cada instante del día y a lo ancho del planeta, los miles de millones de usuarios de las herramientas cibernéticas encuentren, hoy, suficientes alicientes a sus aspiraciones, inclinaciones, creencias, gustos y disgustos. Esto se produce a través de redes sociales de contenidos hechos a la medida de las convicciones del usuario –desde sus preferencias hasta sus fobias–, sean ellas reales o falsas, o bien simplemente triviales y hasta fingidas, como tantas otras supuestas certidumbres del –y en el– mundo virtual multicultural. Usando estas instrumentaciones, el consumidor escoge sólo aquello que retroalimenta lo que piensa, lo que cree y a lo que aspira poseer, dentro de un círculo perverso que le permite, además, reafirmar triplemente la validez de sus certezas: de un lado, por la vorágine informativa que fusiona y cohesiona sus propias creencias; de otro, por validar afinidades tribales inclusivas que le permiten construirse una identidad social, por artificial que pueda ser; por último, porque suprimen –o cancelan al decir de estos tiempos–, toda opinión ajena o discrepante de sus credos –opinión que, por lo demás, se prefiere simplemente desconocer, ignorándola. Consiguientemente, está claro que el proceso descrito es alentado por políticas voluntaristas, es decir, por doctrinas ideológicas que privilegian la aproximación volitiva sobre el razonamiento cognitivo, dígase el deseo intuitivo por encima del juicio reflexivo. De esta forma, la erudición, o cuando menos la posesión de nociones que permiten discernimientos racionales básicos, son avasallados por lo que ciertos científicos sociales denominan el capital subcultural, que no es otro que la insustancialidad de la ramplonería, la mediocridad, la chabacanería, la vulgaridad, en suma, aquella ordinariez que abunda en internet, las redes sociales y sitios web, conceptos todos que describen, con alguna pacatería pero acertadamente, las distintas caretas negativas del multiculturalismo.⁷
2. La puesta en crisis de un modelo intercultural es resultante del rompimiento del concepto mismo de cultura, ese espacio de por sí vacilante generado por una noción heterogénea, por difusa, del vocablo interculturalidad. Tal inestabilidad asienta, a fin de lograr posteriormente mejores condiciones para transgredirlos, los tipos de discurso que pretenden sacralizar la interculturalidad como la más acabada definición de cultura, o como la preeminencia conceptual entre sus distintas definiciones semánticas y políticas.
3. La crisis presente del pensamiento racional, hace que las complejas relaciones entre lenguaje y acción confluyan en procesos culturales intermedios –dígame ambiguos, heterogéneos, difusos–, desde los cuales es más fácil contrabandear componentes dispares, lo que conduce a su vez, imperceptiblemente, a la polisemia intercultural por vía de lo que se llama en estos tiempos corrección política.
4. La expresión “corrección política” habría sido acuñada en los primeros lustros del siglo XX por los bolcheviques, en su empeño por preservar el dogma soviético frente a los mencheviques⁸. El concepto fue

⁷ Ver: “Ser cultureta cada vez es menos ‘cool’: las alicinantes metamorfosis del capital cultural”. Diario El País, Madrid, 31 agosto 2024.

⁸ No se conocen, sin embargo, referencias escritas u otros registros de la procedencia aducida, aunque algunos estudios sí mencionan esa raíz como su origen.

afinado posteriormente por la Escuela de Fráncfort, cuya dispersión académica con el advenimiento del nazismo pronto acabó con los estudios teóricos de fenómenos sociales como el totalitarismo, que habían retomado aquella expresión. Transcurridas varias décadas, tampoco existe claridad sobre el siguiente resurgimiento del concepto. Por lo mismo, podría sugerirse como hipótesis de trabajo, que la regeneración de la expresión “corrección política” se encontraría en el cruce y, luego, en la bifurcación del Concilio Vaticano II y el movimiento secular de Mayo '68. En efecto, el levantamiento juvenil insurreccional francés sirvió para mantener a raya los vientos de fronda del cónclave conciliar, que camuflaban un antilaicismo furtivo presentado como reformas progresistas, desde el momento en que esos aires empezaron a soplar en Europa en el segundo quinquenio de los sesenta, precedido, es cierto, por corrientes similares en los Estados Unidos, aunque focalizadas en la guerra de Vietnam. Sin embargo, la ecúmene católica se desquitaría del freno que se le aplicaba a sus impulsos reformistas, haciendo abortar a su vez la escalada de las revueltas de mayo de 1968, que bien podrían haber precipitado, por contagio, insurrecciones generalizadas en muchos países, liquidadoras o cuando menos remecedoras de valores socioculturales occidentales fundamentales, como la economía de mercado, la democracia representativa, los partidos políticos y los sindicatos, la independencia de los medios de prensa y hasta las libertades religiosas. No obstante, el movimiento francés de mayo, calando hondamente en otras latitudes, sí consiguió alterar para siempre ciertas convicciones occidentales, logrando algunos de los cambios que el cónclave vaticano se había empeñado en introducir

en la sociedad.⁹ El afianzamiento definitivo, aunque deformado, de estos movimientos éticos, sociales, religiosos, ideológicos y políticos y de las reivindicaciones que supusieron, se produciría, varias décadas después, con la etiqueta de corrección política, bajo un cuarto renacimiento propiciado, indirecta o intencionalmente, por el Concilio Vaticano II y el Mayo '68.¹⁰

5. Es así como el multiculturalismo anida la corrección política, camuflándola como un combate contra los prejuicios,

⁹ Poco se ha estudiado la relación e influencia mutuas entre las propuestas de acción derivadas del Concilio Vaticano II, que en la segunda mitad del siglo XX introdujeron de distintas formas pautas determinadas de comportamiento en la sociedad contemporánea, y no sólo de tradición católica romana; y las ideas avanzadas por el llamado Mayo Francés de 1968. Si se toma en consideración que el congreso apostólico se planteó reflexionar durante más de tres años sobre la renovación de la vida moderna, concluyendo su análisis en diciembre de 1965; y si se considera que menos de tres años después, el Mayo '68, como es conocido universalmente, encendió la pradera de las sociedades industriales, teniendo como mira igualmente moral un replanteamiento a fondo de la sociedad de consumo y de la cultura de masas; es posible descubrir influencias recíprocas y correspondencias mutuas que todavía quedan por analizarse.

¹⁰ El progresismo doctrinario que sustentó originalmente lo políticamente correcto, encontró obviamente su nicho natural en lo que comúnmente se denominó la izquierda. Sin embargo, el nuevo milenio trajo consigo una especie de metátesis conceptual que terminó en una visión ecléctica de las izquierdas y derechas, confusión que enreda hasta hoy las afiliaciones a ambas nociones, pues sus orígenes están en los tres principios cardinales de la Ilustración que, liberales y conservadores por igual, hicieron suyos desde el enciclopedismo: Universalismo, Justicia y Progreso. Por estas y otras razones similares, la corrección política y sus distintas manifestaciones y actitudes consideradas de avanzada, pasan hoy a ser reivindicadas también por conservadores, hasta el punto de confundirse los casilleros políticos en donde catalogar, por ejemplo, a los antivacunas o a los defensores del orden social o de Hamas, a los antiinmigración o el aborto, a los detractores de los independentistas catalanes o a los ecologistas, y toda la vasta gama de parónimos opinantes tanto de izquierda como de derecha; (ver referencias).



la discriminación y la estigmatización de ideas e individuos: la homonormatividad y sus floridos matices como la diversidad de roles genéricos; la *cancel culture*; el lenguaje inclusivo; las políticas identitarias basadas en edad, religión, clase social, profesión, ideología, cultura, lengua, discapacidad, educación, etnicidad, sexo, identidad de género, veteranía, y otras categorías variopintas mencionadas en la voluminosa catalogación del término; las batallas ambientalistas; en suma, ni más ni menos que el metalenguaje político, social y cultural hoy vigente en las sociedades abiertas. Lo hace, sin embargo, con la mira puesta precisamente en los opuestos o contrarios, es decir, para consolidar todas las agendas doctrinarias revisionistas que conduzcan a un completo trastoque de las tolerancias existentes o, como lo implica su denominación, a una *corrección* total de aquellas, a fin de consolidar esos opuestos y las contradicciones para mejor traficarlos como nuevos parámetros de la modernidad. Por esas vías, la manipulación de nuestras identidades se disuelve en caracterizaciones postizas, que encuentran una voz aglutinadora en la interculturalidad. En consecuencia, la frondosa narración de la hidra intercultural y sus derivaciones va, desde las ramificaciones teóricas más desasidas de la realidad existente, hasta los matices más intensos de una interculturalidad perversa atravesada por culpaciones de variada naturaleza, siendo la principal hoy día la atribución de los conflictos interestatales a las naciones que constituyen las sociedades abiertas.

6. Es menester recordar en este contexto que los genocidios, pogromos y masacres, dígame los exterminios más atroces cometidos a lo largo de la historia como las aniquilaciones sistemáticas efectuadas por los Jemeres

Rojos en Camboya, o el Holodomor en Ucrania y las otras hambrunas estalinistas en Kazajstán y distintas regiones soviéticas –que si hubiese un barómetro para medir la vileza humana serían, quizá, consideradas como más aberrantes aún que la Shoah nazi–; no han sido crímenes imputables a determinadas etnias o geografías. Desde la prehistoria misma y en todas las civilizaciones y culturas, seres humanos han cometido las más incalificables bestialidades contra sus semejantes, por razones de supervivencia, de codicia geoestratégica por los recursos naturales, del *Lebensraum* o de mera conquista expansionista. Agazapado, sin embargo, entre las fisuras distorsionadoras del multiculturalismo, el sentimiento prefabricado de culpabilidad está logrando en estos tiempos, progresivamente, derivar la responsabilidad pasada y presente de los delitos de lesa humanidad a las sociedades abiertas, atribuyéndoles su herencia y perduración. Las sociedades abiertas se enfrentan, entonces, cada vez más a una crisis de identidad que cuestiona paulatinamente su legitimidad, siendo su resultado aquel eclecticismo que hoy le es casi connatural, traducido en sincretismo pluricultural que cohabita en un mismo tiempo y espacio, reforzado por ese lenguaje deceptorio de barniz conciliador que le es propio, y que hoy es consustancial al multiculturalismo.

7. La patología social detrás de estas narrativas estigmatizadoras de los valores intrínsecos a las sociedades abiertas, y que se percibe en los más conspicuos círculos de la corrección política azuzada por la interculturalidad; induce a pensar que el uso tan expandido de sinécdoques eufemísticas en el empleo del idioma, sirve para sedar el intercambio franco y honesto dentro de un determinado espacio de legítima diversidad cultural. De esta forma se instiga, por el contrario, la

propagación de un lenguaje diluido y por lo mismo metonímico y manipulador, que sólo sirve para soslayar, refractándola, una franca cohabitación en la diversidad, que es la tolerancia que debería corresponder a estos tiempos de intolerancia. Sobrevivir, entonces, a la cultura de la cancelación y a esa moda de la manía colectiva con la corrección política, y de las restantes secuelas transgresoras que ambas contienen, tales como el neolenguaje y la posverdad; es impedir que la llamada nueva normalidad no solamente no se desvirtúe, sino que no esté sujeta a enmendaduras retrospectivas como las que están llevando ahora mismo a las sociedades abiertas al abismo insondable de la duda, la sospecha y los complejos autoinculporios, particularmente respecto del pasado histórico de las naciones y, lo que resulta todavía más arriesgado, de toda la milenaria heredad civilizadora occidental.

8. Mención aparte merecería cualquier reflexión sobre el multiculturalismo que pretendiera abordar el papel que juegan, hoy, los medios de comunicación y las oenegés en la propagación de la corrección política, de las medias verdades, que son parciales y parcializadas, y en la proscripción mendaz de todo aquello que se interponga entre sus propios dogmas sociopolíticos. Si la definición de *periodismo* contiene cuatro metas puntuales –obtención, tratamiento, interpretación y difusión de informaciones–, dos de ellas entreabren amplias posibilidades de tratar e interpretar a su albedrío la información que ha de noticiarse, y así lo hace cada vez más la prensa escrita y hablada, con las obvias excepciones que afortunadamente aún subsisten. Y respecto de las organizaciones no gubernamentales, esas entidades dedicadas “a actividades humanitarias” según la definición lexical, la experiencia de un amplio segmento de los ciudadanos y gobiernos, particularmente de

países africanos e iberoamericanos, es que las oenegés, indistintamente de izquierda o de derecha, dígase progresistas o conservadoras, promueven en su mayoría agendas ideológicamente sesgadas que conducen frecuentemente a cuestionamientos sociales desestabilizadores. En los tiempos actuales, la percepción del rol político que desempeñan la prensa y las ONG, se presta indudablemente a la controversia. Lo que no es discutible, en cambio, es el peso significativo que ambas tienen en el avance de posturas doctrinarias puntuales sobre la multiculturalidad, a menudo a contracorriente de la visión sobre esta en las sociedades abiertas.

* * *

Abundan ejemplos de las distorsiones de la interculturalidad y del estatus ontológico de lo que es, o supone ser, lo políticamente correcto. Tomando aleatoriamente apenas unas pocas muestras, se puede ilustrar en la práctica los riesgos actuales del multiculturalismo, tal como es concebido tanto por el vulgo como por un segmento importante de la academia:

- a) En el año 2023 se conoció un nuevo tipo de censura edulcorada, respecto a la reedición de las obras completas del escritor británico Roald Dahl. Sucede que los editores del afamado autor sustituyeron, recortándolas o simplemente reescribiéndolas con sinónimos, centenares de palabras en distintas novelas del ilustre autor de libros juveniles, a fin de evitar herir a sus lectores más sensibileros con “palabras relacionadas al peso... al género y la raza”.¹¹
- b) Se trató evidentemente de un barbarismo tan vulgarmente denigrante como el que

¹¹ Ver: “Hypocrisy of the In-Between”. *Diario Daily News*. 30 de agosto del 2023.



se aplicó en el 2011 a la clásica novela *Huckleberry Finn*, que fue debidamente “corregida” por sus editores aduciendo la necesidad de, “limpiarla del lenguaje racista” de Mark Twain¹²; (fácil resulta imaginar lo que podrían hacer en cualquier momento los editores inescrupulosos custodios de la corrección política, si se les ocurriese reeditar una obra escatológica y de cierta vileza moral como *Gargantúa y Pantagruel*, y miles más del pasado y presente).

- c) Otras deformaciones literarias propiciadas por el interculturalismo contaminado por la corrección política, son los grafitis con que, periódicamente, algunas extremistas de movimientos feministas deshonran las efigies de Pablo Neruda en distintos países, simplemente porque repudian un supuesto machismo en algunos de sus versos afectivos, y que no es otra cosa que el machismo lingüístico de lo políticamente correcto. ¿Y qué decir de los discípulos de la escuela del resentimiento, como acertadamente los llamó Harold Bloom, que abultan impudicamente el canon literario occidental sumándole autores cuya valía, según el propio Bloom, radica únicamente en que proceden de distintas minorías de la sociedad, careciendo de cualquier otro mérito, comenzando por el literario? O bien, el discurso lastimero de muchos intelectuales sedicentes progresistas, sobre la supuesta humillación de las lenguas autóctonas de Hispanoamérica por parte del idioma español, aunque se haya comprobado reiteradamente que la influencia de este, lejos de subyugar a los idiomas vernáculos en Asia y África y principalmente en las Américas, ha servido más bien para preservar aquellas lenguas locales, tal como

volvería a comprobarse en el 2022 en un coloquio sobre Antonio de Nebrija.¹³ Pero el ejemplo acaso más representativo de estos infortunios ideológicos se dio muy recientemente, cuando las autoridades del ministerio de Cultura español declararon estar dispuestas a “descolonizar las colecciones” (*dixit*) de los museos peninsulares¹⁴, fortaleciendo así esa peligrosa distorsión creciente de endilgarle a los tiempos idos las convicciones y reglamentos cívico-culturales del presente, para mejor enjuiciar las supuestas corrupciones de nuestros antepasados. Arquetípica de la corrección política en su estado larval, la expresión “descolonizar las colecciones” es un burdo eufemismo para proceder a la devolución, pura y simplemente, de los bienes culturales originarios de otras culturas y civilizaciones no ibéricas que se encuentran y exhiben en museos españoles. Lo que he denominado en otros escritos la cultura del resarcimiento, que consiste en la *devolución* maquinaal de bienes culturales a sus lugares de origen, es arrastrada por ese complejo de expoliación que tanto consume en estos tiempos las malas conciencias de las sociedades abiertas, atizado por un sentimiento de autoinculpación ínsito a la corrección política. Sin embargo, ese falso fariseísmo escondido tras el proyectado desagravio no toma en cuenta que, en

¹² Ver: “New *Huckleberry Finn* edition censors ‘n-word’”. *Diario The Guardian*. 5 de enero del 2011.

¹³ La influencia positiva en regiones multilingües de los idiomas predominantes sobre los minoritarios, ha sido reconfirmada en Indonesia, que en años recientes adoptó una versión simplificada del malayo como idioma común para sus cerca de 300 millones de habitantes. Lo hizo sin el menor temor a que su gran diversidad lingüística de más de 700 idiomas y dialectos pudiera verse amenazada.

¹⁴ Ver: “*Descolonizar los museos: una oportunidad para reimaginar las narrativas culturales*”. Publicaciones del Área de Comunicación de la Universitat Oberta de Catalunya. 15 de mayo 2024.

circunstancias específicas, podría ser sustituido con la alternativa de una figura jurídica denominada *compensación*. Esta suerte de reciprocidad indemnizatoria que procuraría lo que podría denominarse una equidad de equivalencias, ayudaría a destrabar determinadas sensiblerías políticas como las del actual gobierno español, disociándolas del manoseo de la corrección política que contagia tan fácilmente una materia en extremo sensible, como es la legitimidad de la propiedad inalienable de cualquier patrimonio material. Una pregunta reforzadora podría ser: ¿la posesión de un determinado bien cultural fuera de su lugar de origen, puede calificarse lisa y llanamente como apropiación ilícita, o puede ser considerada también como una divulgación benéfica del bien cultural, para disfrute y admiración fuera de las fronteras de su legítimo lugar de origen? La propuesta de un mecanismo compensatorio claramente reglamentado, en paralelo con la norma consagrada de devolución, estaría disponible, al igual que la restitución, a los países signatarios de las convenciones pertinentes de la Unesco, como una herramienta alternativa adicional, autónoma y de libre disponibilidad y uso, a la mera devolución de bienes culturales. Se trata de una iniciativa que el Perú presentó oficialmente en 1980 en la Unesco, y que contó con los coauspicios de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, Jamaica y Panamá. Esta propuesta fue elaborada de consuno por el embajador Raúl María Pereira, que se desempeñaba como Delegado Permanente peruano ante la Unesco, y por el consejero Harry Belevan, entonces Director de Asuntos Culturales

de la cancillería¹⁵. Manifestaciones desafortunadas como las del ministerio de Cultura español, que pretende canjear desvergonzadamente su papel rector de guardián del patrimonio permanente de la nación hispana, por un despreciable afán de sentirse a tono con el pensamiento políticamente correcto, tendencia tan de la hora en estos tiempos; pueden causar daños irreparables, independientemente de la ejecución o abstención final de tales intenciones. Por la coincidencia temporal de cuando el gobierno español anunció originalmente esa posición, puede suponerse que esta inspiró el intento de un deleznable gobernante peruano con vocación de dictador, cuando en el 2022 pretendió añadir al calendario de festividades nacionales un día recordatorio de “la invasión y el colonialismo español”.

- d) Igualmente elocuente sobre algunos trastornos del interculturalismo en las sociedades abiertas, es la decisión, también reciente, del gobierno canadiense de pagar ingentes sumas de dinero a ciertas comunidades indígenas, en compensación por los estragos e impactos culturales que han sufrido durante siglos, principalmente por

¹⁵ Ver: *Reparación, Restitución, Compensación*, en: Belevan, Harry: *Textos*, vol. I, pp. 385-415. Editorial de la Universidad Ricardo Palma, Lima, 2022. La grave tergiversación jurídica que se produce al aplicar una extrapolación de los criterios éticos actuales para enmendar aquellos del pasado es más que obvia, pues sólo responde a un fingimiento pacato de pulidez moral. Hay un nítido distingo entre la expoliación nazi, por ejemplo, de obras artísticas pertenecientes a personas, museos u otras instituciones de las naciones invadidas por el Reich en el siglo XX, y la usurpación de bienes producida varios siglos antes por las conquistas principalmente europeas en ultramar. Es así porque tales actos no estaban regidos por convenciones internacionales y normas de presunción de equidad que, desde la segunda mitad del siglo pasado, responden a criterios principistas universales en torno a los procedimientos para resarcir el patrimonio cultural despojado.



obra de los invasores franceses e ingleses. Es innegable que los colonos extraterritoriales cometieron, al llegar a las tierras de lo que hoy se conoce como Canadá, crímenes y devastaciones inexcusables, tal como aconteció en otras partes del planeta. Pero la inequidad de la mencionada decisión asoma, flagrante, cuando se constata que esos pagos están destinados sólo a las poblaciones nativas, mas no así a otros grupos étnicos igualmente minoritarios y que también fueron explotados, pero cuyos ascendientes emigraron al Canadá desde Europa. La selección actual de los afortunados beneficiados ha tenido, pues, visos de un grosero distingo racial entre minorías originarias, o étnicamente vernáculas, y otras minorías igualmente indígenas pero de linaje indoeuropeo, que las distorsiones de la interculturalidad han logrado, sin embargo, aislar, tal como acontece con las minorías alóctonas en muchas partes del mundo, que son racialmente semejantes pero provienen de migraciones exógenas, léase ajenas al enclave territorial mismo donde están asentadas. Esto ha acrecentado aún más las desigualdades de tratamiento mediante un plus pecuniario de ventajas, que en distintos países industrializados se otorga a minorías étnicas seleccionadas —minorías fundamentalmente africanas y musulmanas árabes. Sólo así se explica también la inclinación demagógica, en años recientes, de los estudios fílmicos de Hollywood y de la academia gremial que concede anualmente los premios Oscar cinematográficos, cuando favorecen desembozadamente a minorías raciales o de género para roles estelares o galardones consagratorios, acciones semejantes a ciertas tendencias del cine europeo que privilegian guiones hechos a medida para actores africanos y asiáticos en roles protagónicos.

e) El *bodyshaming* es otro ejemplo ilustrativo de la alevosa distorsión del multiculturalismo, cuando su legítima condenación es manipulada para convertirla en una denigración precisamente de su contrario. El llamado “body shaming”, o inculpación corporal, es el escarnio de una persona por su aspecto físico, es decir, por una apariencia anatómica alejada de la figura tradicional consagrada como norma estética; (como la humillación está dirigida comúnmente contra el género femenino, su rechazo es aprovechado, asimismo, como herramienta del dogmatismo feminista militante, fruto a fin de cuentas de la corrección política). Así, la justificada condena de la estigmatización del cuerpo, que constituye una legítima reprobación de la burla de cualquier figura humana por su mero aspecto corpulento, se ve lamentablemente distorsionada con el descrédito y hasta ridiculización de su exacto reverso, la esbeltez, que de tiempo inmemorial es un patrón de belleza en las culturas más identificadas con las sociedades abiertas. El resultado de todo esto no es la lucha contra la intolerancia de la obesidad sino, bien por el contrario, su completa exaltación con el fin de convertirla en nuevo prototipo de beldad física, destruyendo así al paso otro referente modélico propio de las sociedades liberales. Todos estos y tantos otros ejemplos más, constituyen los contrastes básicamente ideológicos de la corrección política, que se transforman en derivados deformados y deformantes de la interculturalidad.

La presencia creciente de minorías etno-culturales inmigradas hacia los confines de una determinada comunidad mayoritaria distinta, tiende hoy a socavar esa misma sociedad abierta que las acoge, asiéndose, entre otras, de las

distorsiones comentadas anteriormente. Esto es así puesto que la referida etnicidad polifónica propende, desde un ámbito sociopolítico, a convertirse más bien en omnicompreensiva, alterando la unidad básica de las mayorías en las sociedades liberales.¹⁶ Y no se trata por cierto de medir o cotejar acervos homogéneos y multiétnicos, victimizando a unos para mejor estigmatizar a los otros, sino de sopesar los efectos de lo que sería esa mixtura de idiosincrasias propias del comunitarismo minoritario colectivo, nutrido por un marcado sentido identitario de pertenencia grupal excluyente, e interactuando dentro de un espacio sociopolítico determinado, que no es otro que un espacio independiente y abierto. Esto sucede, además, porque el interculturalismo y sus restantes secuelas mencionadas anteriormente, tienden a proyectarse en las sociedades abiertas como una ideología más, es decir, como es lo propio de cualquier doctrina, como un sistema organizador de conceptos y propuestas destinado a la buena marcha de la nación receptora, en otras palabras, como un proyecto político adicional, pero con intención de convertirse en un proyecto ideológico sustitutorio, dígame cancelador, de todos los demás.

No es lo mismo diferencia que desigualdad, ni gramaticalmente ni conceptualmente. Por eso, la asimilación de las minorías y, particularmente, aquellas formadas por las migraciones producidas desde cuando el multiculturalismo se definió como un constructo político generalizado –fenómeno

circunscrito mayormente a las sociedades abiertas por ser los destinos migratorios más anhelados–, debería ser un camino natural hacia una integración social interétnica, que no perpetuara las desigualdades pero que tampoco implicase una amalgamación forzada. Pero el proceso equilibrador de culturas de diferentes etnias suele ser un proceso prolongado pues, como lo observara Sartori, “no se produce la integración de los inmigrantes sólo dándoles la nacionalidad”¹⁷. Ese largo proceso asimilativo fue tomando conciencia más o menos pacíficamente, en los periodos de las mayores migraciones planetarias masivas de la historia contemporánea, que se dieron en la segunda mitad del siglo XIX e inicios del XX, dirigiéndose especialmente hacia las Américas, y más específicamente hacia los Estados Unidos. Pero los procesos de descolonización europea en África, Oriente Medio y Asia a partir de la segunda mitad del siglo XX, forzaron un cambio dramático en la dinámica y percepción de las migraciones, ya no tanto en los beneficiarios al destino sino en los protagonistas de origen. Premunidos estos de una legítima toma de conciencia de la cruel explotación, sumisión y aprovechamiento a los que habían sido sometidos por siglos sus ascendientes, como víctimas de atrocidades infamantes; los emigrantes contemporáneos, una vez instalados en los países receptores, transformaron esa conciencia social de la marginación, en instrumento reivindicatorio y legitimador de las diferencias culturales y étnicas, léase de las diferencias de clase, consagrando así, torpemente, una falsa analogía entre diferencia y desigualdad. Tales percepciones se crisparon todavía más, con su correspondiente dinámica de imposición reivindicativa frecuentemente acompañada de violencia, en las dos últimas décadas del milenio pasado, agudizándose exponencialmente en este tercer milenio, al ser

¹⁶ Un reciente estudio conjunto del Consejo Europeo de Relaciones Exteriores y de la Fundación Europea de la Cultura, señala que la UE es vista por la mayoría de sus ciudadanos más jóvenes como “demasiado blanca”, y que esta percepción de las nuevas generaciones multirraciales puede conducir a “una deriva peligrosa (*sic*) hacia una concepción étnica de la europeidad” (Reportado por el diario *El País*, Madrid, 25 de setiembre del 2024).

¹⁷ Sartori, *ibidem*.



atizadas, además, por sentimientos de culpa en el propio Occidente, que le dieron nuevos giros ideológicos y lingüísticos a la variedad de conceptos que hoy apuntalan una visión obtusa del multiculturalismo: ni asimilación, ni homogenización, ni armonización, sino imposición.

Contrariamente a lo que sostiene Will Kymlicka en su ensayo intitulado *Ciudadanía multicultural*¹⁸, los distingos entre lo que él llamó minorías nacionales y etnias inmigrantes se han agravado en los tiempos recientes, debido a la radicalización de estos últimos. El conocido politólogo canadiense sostenía acertadamente en su estudio, que las minorías nacionales deseaban firmemente, “seguir siendo sociedades distintas respecto de la cultura mayoritaria”, aunque considerándose, en simultáneo, ciudadanos de pleno derecho de los países que en su momento los acogieron.¹⁹ En cambio, los recientes refugiados en las sociedades abiertas europeas, que serían, de acuerdo con la nomenclatura de Kymlicka, las etnias inmigrantes, “lo que desean es integrarse en la sociedad de la que forman parte”.²⁰ Sin embargo, estudios más recientes sobre las crecientes complejidades del interculturalismo en los estados poliétnicos y multinacionales, demuestran que, en el caso de los nuevos

inmigrantes no hay, en su abrumadora mayoría, un afán de integración que sí pudo haber cuando Kimlicka realizó su citada investigación hace casi tres décadas. Efectivamente, a diferencia de las llamadas minorías nacionales, lo que pretende hoy la generalidad de las migraciones masivas del siglo XXI, es mantener indemnes sus costumbres, ritos, gestualidades, lenguas, música, indumentaria, gastronomía y similares tradiciones así como, prioritariamente, sus dogmas religiosos; pero todo ello, sin miramientos o concesiones de ninguna naturaleza hacia los países de acogida sino, bien por el contrario, procurando interactuar en su exclusivo beneficio y el de sus propias etnias, para lo cual cuentan, como se ha demostrado a lo largo del presente ensayo, con una anuente complicidad culposa pero políticamente correcta, de un segmento relevante de la población mayoritaria de esos países. En consecuencia, hoy más que nunca es imprescindible tener en claro el nuevo distingo entre las minorías nacionales y las etnias migrantes, si se desea entender más nítidamente los dilemas que enfrentan las sociedades abiertas, en lo atinente a los claroscuros del multiculturalismo.²¹

Todo lo anterior estaría demostrando que, las más de las veces, la multiculturalidad suele

¹⁸ Kymlicka, Will: *Ciudadanía multicultural*. Paidós. Barcelona, 1996.

¹⁹ *Ibidem*. Si bien Kimlicka no los tomó como ejemplos ilustrativos de sus tesis, podrían citarse los casos de los llamados latinos (adjetivo ya incorporado al idioma inglés) en los Estados Unidos, definidos así desde los años 60 del siglo XX como consecuencia del éxodo multitudinario de cubanos, o el de los irlandeses a comienzos de ese siglo; igualmente, la emigración de los indios a Gran Bretaña, sobre todo a Inglaterra, a partir del inicio del proceso de descolonización.

²⁰ Kymlicka, citado por Graciela María Espinoza, en “Del multiculturalismo a la multiculturalidad”. *Aula Intercultural*, publicación del Servicio Público del Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones, España, (2005).

²¹ A modo de ejemplo, y aunque sea uno generalizador del complejo fenómeno de los desplazados y refugiados en el último siglo y medio, no existe ninguna semejanza entre la minoría étnica de origen portugués viviendo en Alemania, que emigró hacia allá durante la ominosa dictadura de Antonio Salazar, y que se integró plenamente en el país de adopción facilitando, así, la adaptación de sus descendientes; y las minorías magrebíes y subsaharianas que llegan hoy a bordo de pateras a las costas europeas del Mediterráneo, y cuyo anhelo por una vida mejor, si bien es comprensible, no es con miras puestas en convertirse en nuevas minorías étnicas de los países de acogida, sino en mantenerse como minorías puramente identitarias. Ambas son, o han sido en su momento, inmigrantes, pero ambas tienen, o tuvieron, visiones asaz distintas del futuro que aspiraban.

diferenciar entre la horizontalidad de los derechos y la verticalidad de los deberes, una aproximación resultante del interculturalismo contaminado por la corrección política y sus secuelas, como el *woke* o como el ostracismo social, más conocido como cancel culture o cultura de la cancelación²²; de donde, entonces, que el tópico de la interculturalidad remita frecuentemente a nociones trastocadas por la mentada corrección política. En este aspecto, resulta necesario resaltar que las consecuencias tangibles de este fenómeno del ostracismo o cancelación, pueden ser catastróficas no únicamente a niveles personales. En efecto, baste pensar, a modo de ejemplo, en el naciente sabotaje a ciertas empresas que, repentinamente, son percibidas por consumidores inclinados a la corrección política, como patrocinadoras del “genocidio palestino”: poco importarán los matices detrás del conflicto Hamas-Israel ni tampoco la solidez financiera de la empresa, porque la instantaneidad de las comunicaciones y su accesibilidad irrestricta universal por parte de cualquier poseedor de tan sólo un teléfono móvil, permitirán la creación de movimientos virtuales masivos compuestos por clientelas otrora fieles pero ahora dispuestas, con asombrosa rapidez, a bloquear el consumo de productos de la compañía elegida como blanco u objetivo. Casos concretos de boicoteo internacional encendidos por sentimientos de corrección política que se convirtieron en demandas ético-morales, han sido en el 2024 las represalias, mayoritariamente de consumidores jóvenes, contra las cadenas multinacionales de

alimentación, como McDonald’s, Starbucks, Pizza Hut, Domino’s, Burger King y KFC; de bebidas, como Coca-Cola; de megaempresas como Walmart y Carrefour, extendiéndose hasta rubros de alta tecnología, como Siemens. En algunos casos, las consecuencias en las bolsas de valores han sido devastadoras para esas corporaciones, y las encuestadoras dedicadas a medir impactos financieros-comerciales, coinciden en que tales boicots que se han presentado particularmente en Indonesia, Dinamarca, Suecia, el Reino Unido y Australia, han respondido a “razones geopolíticas”²³. Es obvio, sin embargo, que presiones semejantes inspiradas en la corrección política, no guardan ningún vínculo con las reivindicaciones de asociaciones gremiales expresadas en huelgas, y cuyas demandas se circunscriben a exigencias enmarcadas dentro de reclamaciones que los sindicatos consideran justas, pues responden básicamente a derechos laborales posiblemente vulnerados por el patronazgo. Por último, allí está también el denominado *lawfare*, una noción que se ha generalizado desde inicios del milenio, y que consiste en “acciones judiciales emprendidas como parte de una campaña en contra de un país o grupo”, según lo define el diccionario Oxford del idioma inglés. Si bien, como toda cuestión jurídica, se trata de procedimientos harto complejos como para intentar sintetizar sus alcances, no hay duda de que están impulsados por un ánimo de corrección política pues, resumidamente, el *lawfare*, con todo el respaldo de una legitimidad legal vigente en las sociedades abiertas, manipula las normas del derecho para socavar la reputación de ciertos individuos, colectividades, empresas e, incluso, de países – por ejemplo, aprovechándose de la hostilidad popular hacia determinados personajes

²² Ver: Balzer, Jens: *After Woke*. Matthes & Seitz. Berlin, 2024 (título original en alemán). La distorsión ideológica de la expresión latina *tertium non datur*, es la que mejor definiría la llamada cultura de la cancelación: las dicotomías explican el universo, no hay tercera opción, y entre dos propuestas contradictorias una ha de ser falsa y por eso se la “cancela”, flagrante deformación del principio del tercio excluido, pero distorsión políticamente correcta.

²³ Ver: “Young people lead boycott of global firms in support of Palestine”. *Diario El País*, edición en inglés, del 29 de agosto 2024.



públicos, o de la mala imagen internacional de una nación—, judicializando así la política y, al hacerlo, politizando la justicia con fines netamente ideológicos.

* * *

A partir del siglo XV, con el advenimiento progresivo del Renacimiento, se combatió justificadamente el dogmatismo cerril que había caracterizado al Medioevo, tildándose de oscurantismo a esa práctica sociopolítica-religiosa que consistía en ocultar al vulgo el conocimiento, pues el saber en la Edad Media sólo debía ser accesible al clero superior y a muy restringidos estratos de las cortes. Extrapolar hoy la palabra oscurantismo para aplicarla a nuestra era no sería, entonces, un despropósito, teniendo en cuenta lo que el concepto significó hace medio milenio. Por el contrario, su rehabilitación podría servir de alerta necesaria para tomar conciencia de aquella aberración que estaría llegando a las orillas mismas de estos tiempos convulsos, y que podría llamarse sin ambages un neoscurantismo, al cual contribuirían ciertos matices del multiculturalismo cuando, como sucede cada vez con mayor frecuencia, se lo instrumentaliza para que responda a una masificación falsamente homogénea de las sociedades abiertas. Por eso, es necesario advertir que la construcción de posverdades y de correcciones políticas, endulzadas de forma tal a encubrir ideas y lenguajes deceptorios, o bien la inducción de oscuros asertos o revisionismos postizos y culturalismos de toda calaña; constituyen una distorsión disfrazada de aleación social falsamente cohesionadora de ciertas etnicidades. Con el pretexto elusivo de que, cuanto más se amalgamen, diluyéndose, las nociones fácticas de la realidad, más velozmente se alcanzará la convivencia social; la manipulación del multiculturalismo en el

siglo XXI estaría ahora dejando de falsificar groseramente la verdad, para consolidar más bien la sutileza de las posverdades, relativizándolas en aras de un supuesto interés superior de integrista socio-cultural.

* * *

Como se ha visto y descrito, en las sociedades abiertas la interculturalidad debería ser el aliciente necesario para un relacionamiento humano creciente a escala planetaria, sobre bases de un verdadero entendimiento mutuo. Pero ello sería posible solamente si el multiculturalismo se mantuviese ajeno a la retórica altisonante de la vocinglería populista hoy en boga, tan extremadamente difícil de controlar y, menos aún, de extirpar. Y esto es así porque, a diferencia de lo que sucedería en una autocracia en donde semejantes estímulos estarían supeditados al arbitrio del déspota, en las sociedades abiertas —noción que remite fundamentalmente a las democracias liberales—, una tolerancia equilibrada entre la permisividad y la represión, debe conducir a una interculturalidad ideológicamente ecuaníme, conciliadora y prudente, y desembarazada por completo de constricciones culposas o complejos flagelantes. Lamentablemente no siempre ha sido así, y difícilmente puede predecirse cómo habrá de serlo a futuro aunque, para no perder el tren de la historia, muchos repitan que “ahora todos somos multiculturalistas”, tal como lo proclamara textualmente el título pretendidamente irónico de un ameno libro sobre la materia, que tuvo alguna resonancia teórica a fines del siglo pasado²⁴. Pero la guerra cultural que vivimos en estos años debido al dogmatismo inconcuso de lo políticamente correcto y del ostracismo social, entre muchas otras taras; lejos de haber sido desatada por imaginarios manipuladores

²⁴ Glazer, Nathan. Ver bibliografía.

de la multiculturalidad en su intento de proteger el más rancio conservadurismo cuenta, por el contrario, para expandirse, con los impulsores de las ideologías tildadas coloquialmente de progres, que fomentan y perpetúan los choques de civilizaciones. Esas confrontaciones igualmente ideológicas que pueden transformarse en guerras culturales, se han producido desde los albores mismos de la humanidad, aunque fueron conceptualizadas apenas desde la segunda mitad del siglo XX. Es entonces cuando se agudizaron, debido al ya mencionado proceso de descolonización europea que consolidaría las independencias en África, en Asia y en Oriente Próximo —el proceso separatista de Europa en las Américas se había consumado a partir del siglo XVIII y concluyó, prácticamente, al inicio mismo del siglo XX—, lamentablemente con fronteras en muchos casos arbitrarias, por no ser sólo geográficas sino, también, étnicas tribales; y, en simultáneo, debido a las emigraciones masivas impelidas por esos procesos independentistas. La denuncia del choque de civilizaciones teorizada en los años 90 del siglo pasado por Samuel Huntington, y que algunos académicos y pensadores autoproclamados progresistas decretaron en su momento como una ideología caduca por obsoleta, sigue inspirando hoy, a través de las vías más sinuosas imaginables, esas guerras culturales que se libran disimuladamente en nombre, y bajo el manto protector, del multiculturalismo.

* * *

Toda relación entre individuos se da, desde los albores guturales de la humanidad, mediante el lenguaje, compuesto por una o por un conjunto de palabras razonadas por secuencias sonoras vocalizadas. Con el lenguaje los humanos dan inicio a sus vínculos afectivos, negativos o neutrales, tanto con sus semejantes cuanto con otras especies vivientes, con la naturaleza y hasta

con lo abstracto, lo invisible y lo desconocido. Esa relación, pues, se inicia mediante la palabra transfigurada en idioma hablado y, más tarde, en escritura, sin que ello desdiga formas distintas de vinculación inteligible mediante otros tipos de lenguaje, como el arte o la música. Además, toda relación humana es, asimismo, esencialmente política en el sentido primigenio del vocablo, una de cuyas acepciones apunta justamente a que la política es, “la cortesía y el buen modo de portarse” según el DLE, que son los rasgos elementales del comportamiento social civilizado.

Estos dos componentes básicos en la formación de los seres humanos como son el lenguaje y la política, han de estar en el ápice mismo de cualquier reflexión sobre el multiculturalismo, particularmente en las sociedades abiertas, y cuya realidad idiomática e ideológica multiforme requiere, más aún exige, una aproximación interdisciplinaria a la noción misma de multiculturalidad. Los ingredientes positivos del multiculturalismo son tan obvios como lo que sugiere la gramática misma del vocablo: culturas múltiples que apuntan a intercambios enriquecedores, a conocimientos ampliados, a un devenir humano calidoscópico, al entendimiento recíproco, en pocas palabras, a legítimas empatías entre sentimientos diversos pero concurrentes, que deberían llevar a una cultura de paz catalizadora del acercamiento progresivo entre distintas etnias, colectivos ciudadanos dispares, diferentes culturas y procesos civilizadores disímiles. Nada de esto, sin embargo, puede disimular la ambivalencia ínsita a la interculturalidad, a su propia naturaleza compuesta también de falencias, carecimientos y prejuicios --naturaleza a la cual, en la época presente, suele extraérsele un provecho político, léase ideológico, que desdice, impugnándolos, aquellos otros componentes positivos reseñados con que debería identificarse al multiculturalismo.



* * *

En reciente entrevista aparecida en un periódico peruano, el escritor español Santiago Posteguillo, refiriéndose a las licencias históricas que nutren su narrativa, expresó lo siguiente: “Vivimos en la inquisición de lo políticamente correcto. Muchas cosas no me atrevo a decir para no ser cancelado”.²⁵ En un par de frases breves, y sirviéndose de dos conceptos claves de la distorsión intercultural –la corrección política y la cancelación opinante–, el laureado autor de novelas sobre la Roma de los césares resumió, acaso sin proponérselo, las vicisitudes y avatares del interculturalismo, en esta época ideológicamente fracturada –tiempos aciagos como son los de hoy– que le ha tocado a la humanidad entera sobrellevar.

Referencias bibliográficas

- Balzer, J. (2024). *After Woke*. Berlin: Matthes & Seltz.
- Berlin, I. (1967). *Two Concepts of Liberty*. Londres: Oxford University, A. Quinton, editor.
- Berlin, I. (1992). *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.
- Bloom, H. (1995). *El canon occidental*. Barcelona: Barcelona: Anagrama.
- Chiellino, C. (2000). *Interkulturelle Literatur in Deutschland. Ein Handbuch*. Stuttgart: Metzler.
- Glazer, N. (1997). *We Are All Multiculturalists Now*. Boston: Harvard University Press.
- Greimas, A. J. et al. (1976): *Ensayos de semiótica poética*. Planeta, Barcelona, 1976.
- Habermas, J. (1982). *Historia y crítica de la opinión pública*, Barcelona: Gustavo Gili.
- Jakobson, R. (1973). *Quéstions de poétique*. Paris : Éditions de Seuil.
- Kymlicka, W. (1996). *Ciudadanía multicultural*. Barcelona: Paidós.
- Lyotard, J.-F. (1994). *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Neiman, S. (2023). *Left Is Not Woke*. New York: Polity Publishers.
- Popper, K. (1945). *The Open Society and Its Enemies*. Routledge: Londres
- Sartori, G. (2001). *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*. Barcelona: Grupo Santularia de Ediciones.
- Steiner, G. (2013). *Lenguaje y silencio*. Barcelona: Gedisa
- Taylor, Ch. (ed.) (1993). *El multiculturalismo y la “política del reconocimiento”*. M é x i c o : Fondo de Cultura Económica.
- Todorov, T. (1975). *Poética*. Buenos Aires: Losada.
- Vattimo, G. et al. (1990): *En torno a la posmodernidad.*, Barcelona: Anthropos.
- Viktorovitch, C. & Barbet, F. (2024). *L'art de ne pas dire*. Paris: Seuil
- Villanueva, D. (1994) *Avances en la Teoría de la Literatura*. Santiago de Compostela: Ediciones de la Universidad de Santiago de Compostela.
- Villanueva, D. (2021). *Morderse la lengua. Corrección política y posverdad.*, Madrid: Espasa Calpe.

²⁵ Ver declaraciones de Santiago Posteguillo al diario El Comercio. Lima, 18 de agosto del 2024.

Recibido el 17 de agosto de 2024

Aceptado el 13 de octubre de 2024